



EL PATITO FEO

Hans Christian Andersen

Era verano, y la región tenía su aspecto más amable del año. El trigo estaba dorado ya, la avena verde todavía. El heno había sido apilado en parvas sobre las fértiles praderas, por las que ambulaba la cigüeña con sus rojas patas, parloteando en egipcio, único idioma que su madre le había enseñado.

En torno del campo y las praderas se veían grandes bosques, en cuyo centro había profundos lagos. Y en el lugar más asolado de la comarca se erguía una antigua mansión rodeada por un profundo foso. Entre este y los muros crecían plantas de grandes hojas, algunas lo bastante amplias como para que un niño pudiera estar de pie bajo ella. Y allí, entre las hojas, tan retirada y escondida como en lo profundo de una selva, estaba una pata empollando.

Los patitos tenían que salir dentro de muy poco, pero la madre se sentía muy cansada, pues la tarea duraba ya demasiado tiempo. Para empeorar las cosas, solo recibía muy contadas visitas, pues sus congéneres preferían nadar en el foso más bien que ir moviendo la cola hacia el nido de mamá pata para charlar con ella.

Por último, uno tras otro, los huevos empezaron a crujir suavemente. "Chuí, chuí" dijeron. Toda la cría acababa de venir al mundo y estaba asomando sus cabecitas.

—Cuá, cuá —dijo la pata, y al oírla los patitos respondieron a coro con sus más fuertes voces y miraron a su alrededor por entre las hojas verdes. Su madre los dejaba hacer, pues el verde es bueno para la vista.



—¡Qué grande es el mundo! —dijeron todos los pequeños. Ciertamente ahora tenían más espacio para moverse que en el interior de sus cascarones.

—¿Se imaginan ustedes que esto es todo el mundo? —dijo la madre—. Pues el mundo se extiende hasta bastante más allá del jardín, por el campo del párroco, aunque en verdad yo nunca me he aventurado tan lejos. Pero, a propósito, ¿están ya todos ustedes? —La pata se levantó y miró alrededor—. No, por cierto que no están todos aún. Queda por abrir todavía el huevo más grande. ¿Cuánto tiempo tardará? —se preguntó, volviéndose a echar en el nido.

—¡Hola! ¿Cómo va eso? —interrogó en ese instante una vieja pata que se había llegado de visita.

—Hay un huevo que está tardando mucho tiempo —respondió la pata que empollaba. Esa cáscara no se quiere romper. Pero, ¡mira los otros! Son los más preciosos patitos que he visto en mi vida. Tienen toda la mismísima cara de su padre, el gran pillo que ni siquiera se da una vuelta por aquí a verme.

—Déjame ver ese huevo que tarda en romperse —dijo la pata vieja—. Puedes estar segura que no es un huevo de nuestra especie, sino de pava. A mí me engañaron así una vez, y no puedo decirte el trabajo y la preocupación que me dieron aquellos chicos, porque te diré que tienen miedo del agua. Nunca conseguí hacerlos meter en ella. Sí, es un huevo de pavo. Déjalo donde está, y dedícate a enseñar a nadar a esas criaturas.

—No; me quedaré echada otro poco. He esperado tanto que ya no me costaría nada quedarme hasta la feria del verano.

—Pues, haz tu gusto —respondió la pata vieja, y se alejó.



Por último, el huevo que tardaba en abrirse empezó a crujir.

—Chip, chip —dijo el recién nacido, y salió del cascarón tambaleándose. ¡Qué grandote y qué feo era! La pata lo miró con disgusto.

—Para pato es de un tamaño monstruoso —dijo—. ¿Será acaso un pichón de pavo? Bueno, no tardaremos mucho en saberlo. Al agua irá, aunque tenga yo misma que arrojarlo de un puntapié.

El día siguiente amaneció espléndido; mamá pata se fue a la orilla, y se zambulló en el agua. ¡Cuac, cuac! chilló, y uno tras otro los patitos se zambulleron detrás de ella. El agua los cubrió hasta la cabeza, pero ellos volvieron a salir a flote y se sostuvieron perfectamente. Las patas se les movieron solas... y ya estaba. Hasta aquel grandote, gris y feo nadó también con ellos.

—No; no es un pavo —reflexionó la pata—. Hay que ver qué bien se maneja con las patas y qué derecho se sostiene. Es mi propio pollo, después de todo, y no tan mal parecido si se lo mira bien.

—¡Cuac, cuac! Vengan conmigo ahora y los sacaré al mundo y los introduciré en el corral. Pero quédense bien cerca de mí, no sea que alguien vaya a pisarlos. ¡Y tengan cuidado con el gato!

Se fueron todos al corral, donde encontraron un espantoso alboroto provocado por dos pollos que estaban peleando por la cabeza de un pescado. Al final terció en la discusión el gato y se llevó para sí la cabeza.

—Así ocurren las cosas en el mundo —comentó la madre pata. Y se lamió el pico, pues ella también deseaba aquella cabeza de pescado.



—Ahora aprendan a usar las patas —dijo luego— y saluden con la cabeza a ese pato viejo que está allí. Es el más importante de todos nosotros. Tiene sangre española en las venas, y esa es la explicación de su tamaño. ¿Ven ese trapo rojo que tiene en la pata? Eso es algo extraordinario, la más elevada señal de distinción que pueda alcanzar nunca un pato. ¡Vamos ahora! ¡Cuac, cuac! ¡No pongan los dedos para adentro! Un pato bien educado tiene siempre las patas bien abiertas; así, eso es. Ahora inclinen la cabeza y digan: ¡Cuac!

Los patitos hacían cuanto se les ordenaba; pero los otros patos del corral los miraban diciendo en voz alta:

—¡Vean eso! Ahora tendremos que aguantar también a toda esa tribu, como si no nos bastáramos nosotros. Además..., ¡oh, querida, qué feo ese patito! No se lo puede mirar.

Y un pato corrió hacia el patito feo y le dio un picotazo en el cuello.

—¡Déjalo! —suplicó la madre—. No hace daño a nadie.

—Puede que no —replicó el que había atizado el picotazo—. Pero es tan desmañado y raro que dan ganas de darle una paliza.

—Todos esos otros patitos son muy hermosos —dijo el pato viejo, el que tenía el trapo atado a la pata—. Muy bonitos todos, excepto ese, que resultó un ejemplar bastante desdichado. Es una lástima que no se lo pueda empollar de nuevo.

—Eso es imposible, señorita —respondió mamá pata—. Ya sé que no es lindo, pero se porta bien y nada con tanta destreza como los otros. Hasta podría aventurarme a decir que mejorará con la edad, o quizá también disminuya de tamaño a tiempo. Estuvo mucho tiempo dentro del huevo, y por eso no salió con muy buen estado.



—Palmeó al patito en el pescuezo y agregó: —Además, es un varoncito, de modo que su belleza física no importa mucho. Creo que será muy fuerte, y que sabrá abrirse camino en el mundo.

—Los demás patitos son muy lindos —dijo el pato viejo—. Ahora pónganse cómodos; están en su casa. Y si encuentran otra cabeza de pescado pueden traérmela.

Y se sintieron todos cómodos, y en su casa, menos el pobre patito que había sido el último en salir del huevo, y que era tan feo. A este lo picotearon y empujaron, y se burlaron de él patos y gallinas.

—¡Qué grandote es! —comentaban todos.

El pavo, que había nacido con espolones y en consecuencia se sentía todo un emperador, se infló como el velamen de un barco y graznó y graznó hasta que la cara se le puso roja. El pobre patito estaba tan desconcertado que no sabía hacia qué lado volverse. Le daba mucha pena ser tan feo, despreciado por todo el corral.

Así transcurrió el primer día; luego las cosas fueron poniéndose cada vez peor. Al pobre patito no había quién no lo corriera o le diera empujones. Hasta sus hermanos y hermanas lo miraban mal, y decían a cada momento:

—¡Ojalá te agarrara el gato, antipático!

Hasta su madre dijo:

—Quisiera que estuvieras a muchos kilómetros de distancia.

Los patos y las gallinas lo picoteaban, y la muchacha que les traía la comida lo hacía a un lado de un puntapié.



Hasta que por fin el patito dio una corrida y un salto por encima del cerco, haciendo volar asustados a los pajaritos.

—Todo es porque soy tan feo —pensaba el pobre patito cerrando los ojos, pero sin dejar de correr.

Así llegó a un extenso pantano en cuyos bordes y aguas vivían patos silvestres; estaba tan cansado y tan apenado que se quedó allí a pasar la noche. Por la mañana los patos silvestres se acercaron volando para inspeccionar al nuevo camarada.

—¿Qué clase de animal eres? —preguntaron, mientras el patito se volvía a un lado y otro y saludaba lo mejor que podía—. ¿De dónde has salido, tan feo? Aunque eso en realidad no importa, mientras no pretendas buscar novia en nuestras familias.

El pobrecito no había pensado siquiera en buscar novia. Todo lo que pretendía era permiso para echarse entre los juncos y beber un poco de agua del pantano.

Dos días enteros permaneció allí. Luego vinieron dos gansos silvestres, mejor dicho, dos ánades. Como no hacía mucho que habían salido del cascarón eran petulantes en grado sumo.

—Bueno, camarada —dijeron—, eres tan feo que te hemos tomado simpatía. ¿Quieres reunirse con nosotros y ser un ave de paso? Hay por aquí cerca otro pantano, y en él algunas gansitas silvestres encantadoras. Eres bastante feo para probar suerte entre ellas.

En ese preciso momento: ¡Bang! ¡Bang! resonaron dos estampidos en el aire, y los dos ánades silvestres cayeron muertos entre los juncos, tiñendo de rojo el agua con su sangre. ¡Bang! ¡Bang!, siguieron rugiendo las escopetas, y un revuelo de gansos silvestres se alzó por



sobre las cañas, mientras los perdigones diseminaban la muerte entre ellos. Se trataba de una partida de caza, y todo el pantano estaba rodeado de deportistas, la mayoría ocultos entre los juncos; algunos sentados en las ramas de los árboles que se extendían por sobre el agua. El humo azulado de la pólvora flotaba por entre las frondas como nubecillas.

Los perros de caza saltaban de un lado a otro, chapoteando en el agua y agitando a su paso los juncos y cañas de un lado a otro. Todo aquello era terriblemente alarmante para el pobre patito. Volvió la cabeza para meterla bajo el ala, y en ese momento un enorme y espantoso perro se apareció muy cerca de él, con la lengua fuera y los ojos llameantes de perversidad. El perrazo abrió sus terribles fauces ante la cara del patito; mostró sus puntiagudos colmillos... y se alejó de un salto, salpicando el agua, sin tocarlo siquiera.

—¡Oh, gracias a Dios! —suspiró el patito—. ¡Soy tan feo que ni siquiera el perro se molesta en mordirme!

Se quedó allí, enteramente inmóvil, mientras los proyectiles silbaban por todas partes y las detonaciones sacudían el ambiente. La conmoción solo cesó ya muy entrado el día, pero ni aun así se atrevió el pobre patito a levantarse. Esperó aún varias horas antes de alzar la cabeza y mirar, y entonces huyó del pantano con tanta velocidad como pudo. Corrió a través de campos y praderas, aunque hacía tanto viento que le costaba trabajo avanzar.

Hacia el anochecer llegó a una pequeña y pobre casita, tan miserable que parecía quedarse en pie solo por no saber de qué lado había de caerse. El viento silbaba con tal fiereza junto al patito que este se vio obligado a sentarse para resistir el empuje. Entonces vio que la puerta tenía un gozne roto y se sostenía tan desmañadamente que por la rendija se podía entrar en la casa. El pato se metió dentro.



En la casita vivía una anciana con un gato y una gallina. El gato, que se llamaba Nene, sabía arquear el lomo, ronronear y lanzar chispas eléctricas cuando se le frotaba la piel a contrapelo. La gallina era de patas cortas, y por eso le decían Tachuela. Ponía huevos de excelente calidad, y la anciana la quería tanto como si hubiera sido su propia hija.

Por la mañana, los dos animales no tardaron en descubrir la presencia del extraño pato. El gato empezó a ronronear y la gallina lo acompañó con su cloqueo.

—¿Qué diablos pasa? —dijo la mujer, mirando a su alrededor, pero su vista no era muy buena y lo que pensó fue que el patito era un pato gordo extraviado.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Ahora tendremos huevos de pata... si es que no se trata de un pato. Habrá que esperar a ver lo qué resulta.

De modo que tomó al patito a prueba por tres semanas, al final de las cuales no había podido encontrar ningún huevo.

El gato y la gallina eran algo así como dueños de aquella casa. Siempre decían: “Nosotros y el mundo”, pues creían que ellos representaban la mitad del mundo; y por cierto que la mejor mitad.

El patito pensaba que podían existir dos opiniones al respecto, pero el gato ni siquiera quería escucharlo.

—¿Sabes poner huevos? —preguntó una vez “Nene”.

—No.

—En ese caso, ten la bondad de callarte la boca.



—Luego de una pausa insistió—. ¿Sabes arquear el lomo, ronronear o sacar chispas eléctricas?

—No.

—Pues entonces guárdate tus opiniones cuando la gente sensata está hablando.

El patito se sentó en un rincón, de muy mal humor, empezó a pensar en el aire libre y el sol, y lo invadió una irreprimible nostalgia de flotar en el agua. Por último, cedió a la tentación de hablar del tema a la gallina.

—¿Qué bicho te ha picado? —inquirió Tachuela—. Es el ocio, al no tener nada que hacer, lo que te mete en la cabeza esos disparates. Pon media docena de huevos, o aprende a ronronear, y verás cómo se te pasa el antojo.

—¡Pero es tan delicioso flotar en el agua! ¡Tan lindo sentirla correr por la cabeza cuando uno se zambulle hasta el fondo!

—¡Vaya diversiones! —rezongó la gallina—. Me parece que te has vuelto loco. Pregunta, si no, al gato qué opina; es el animal más inteligente que conozco. Pregúntale si le gusta flotar en el agua o zambullirse. Por mi parte no te digo nada. Pregúntale también a nuestra patrona, la vieja. No hay nadie en el mundo más lista que ella. ¿Y crees que tiene algún deseo de meterse en el agua?

—Ustedes no me comprenden —dijo el patito.

—Bueno, si no te comprendemos nosotros, ¿quién va a comprenderte? No creo que te consideres más inteligente que el gato o la vieja, por no decir que yo. No te comportes como un tonto, hijo, y agradece a tu buena suerte el bien que te hemos hecho. ¿Acaso no has vivido en este



cuarto caliente, y en compañía de seres de los cuales podías haber aprendido algo? Pero eres un idiota, y nada se gana asociándose contigo. Créeme; hablo muy en serio. Te estoy diciendo verdades de a puño, y ese es el mejor medio de saber quienes son los buenos amigos. Limitate a poner huevos, o aprende a ronronear, o a sacar chispas.

—Lo que me parece es que me voy a marchar otra vez por el mundo —respondió el patito.

—Pues hazlo; será lo mejor —fue la terminante respuesta de la gallina.

Y el patito se fue.

Anduvo flotando en el agua y zambulléndose todo cuanto le dio la gana, pero siempre mirado con desdén y de soslayo por toda criatura viviente, debido a su fealdad. Así hasta que llegó el otoño, y las hojas del bosque se pusieron pardas y amarillas. El viento se las llevó, y las hizo danzar en remolinos. El cielo se puso frío, cubierto de nubes cargadas de nieve y granizo. Un cuervo fue a posarse sobre una cerca y graznó, del frío que tenía. Solo pensarlo hacía temblar. El pobre patito estaba ciertamente en un gran apuro.

Una tarde, cuando el sol estaba poniéndose en todo su invernal esplendor, una bandada de hermosas aves blancas apareció surgiendo de entre los matorrales. Nunca había visto el patito nada tan hermoso. Eran de una deslumbrante blancura, con largos y sinuosos cuellos. Se trataba de cisnes, que lanzando su grito peculiar extendían las alas y volaban alejándose de las regiones frías hacia tierras más cálidas. Ascendieron muy alto, muy alto, y el pobre patito feo se quedó extrañamente intranquilo. Dio vueltas y vueltas en el agua, como una rueda, levantando la cabeza hacia la dirección por donde se alejaban aquellas aves.



Luego lanzó él mismo un grito tan penetrante y extraño que lo asustó. ¡Oh, no podía olvidar aquellas hermosas aves, felices aves! En cuanto estuvieron fuera de su vista, el patito se zambulló hasta el fondo y cuando salió de nuevo a la superficie estaba completamente fuera de sí. No sabía qué clase de pájaros eran aquellos, ni hacia dónde volaban, pero se sentía más atraído hacia ellos que lo que nunca lo había sido por ser alguno. Y no era que los envidiara en lo más mínimo, ¿cómo podía ocurrírsele envidiar aquella maravilla de belleza? Se habría sentido agradecido con solo que los patos lo hubiesen tolerado entre ellos, tanta era la certeza de su fealdad.

El frío invernal era tan intenso que el patito se veía obligado a nadar en círculo en el agua solo para librarse de quedar helado, pero noche tras noche el agujero del hielo por el cual se zambullía se iba haciendo más y más pequeño, hasta que se heló con tanta fuerza que la superficie se resquebrajó y el patito se vio obligado a mover las patas sin cesar para que el agua no se congelara a su alrededor, aprisionándolo. Por último, ya tan cansado que no podía moverse más, cedió y se quedó rápidamente aterido en el hielo.

Aquella mañana a primera hora acertó a pasar por allí un campesino, que al ver al patito se acercó, abrió un boquete en la superficie del hielo con su zapato herrado y se llevó a su pequeño rescatado. La esposa del campesino se hizo cargo de él, y no tardó en revivirlo con sus cuidados. En la casa, los niños quisieron servirse de él para sus juegos, pero el patito, recelando de que lo maltrataran, huyó espantado y fue a caer en la cazuela de la leche haciendo salpicar el líquido por todo el cuarto.

La mujer soltó un chillido y extendió los brazos; el patito dio un segundo salto y esta vez fue a parar dentro de la cuba de la manteca. Salió enseguida, pero es de imaginarse cuál sería su aspecto. La dueña de casa volvió a chillar y trató de golpearlo con las tenazas. Los chicos cayeron unos sobre otros en sus intentos por capturarlo, dando todos



verdaderos alaridos de risa. Por suerte la puerta estaba abierta, y el patito huyó por entre los matorrales y la nieve recién caída. Y allí quedó, completamente exhausto.

Sería tarea muy triste el detallar todas las privaciones y miserias que tuvo que soportar durante el largo y duro invierno. Cuando el sol empezó a calentar de nuevo la tierra, el patito yacía en el pantano, entre los juncos. Las alondras cantaban; acababa de llegar la hermosa primavera.

De pronto el patito alzó las alas, y estas se agitaron con mucha más fuerza que antes, haciéndolo ascender vigorosamente hacia el cielo. Antes que se diera cuenta de dónde estaba se encontró en un amplio jardín, rodeado de manzanos en flor respirando un aire perfumado por las lilas que crecían en las irregulares orillas del lago.

Y vio también tres hermosos cisnes que se acercaban a él saliendo de entre un macizo de plantas. Nadaban suave y ágilmente, con un tenue rumor de plumas. El patito reconoció a las majestuosas aves y no pudo evitar que lo sobrecogiera una extraña melancolía.

—Volaré hacia ellos —se dijo—. Me acercaré a los reales pájaros aunque me deshagan a picotazos porque soy tan feo. ¡No importa! Mejor ser destrozado por ellos que por los patos o las gallinas, o por los fríos y las calamidades del invierno.

Se lanzó, pues, al agua, y nadó en dirección de las señoriales aves. Estas lo vieron y se precipitaron hacia él con las plumas encrespadas.

—¡Mátenme si quieren! —exclamó el pobrecito, e inclinó la cabeza hacia el agua, previendo y temiendo la muerte. Pero, ¿qué fue lo que vio en la transparente superficie? Vio su propia imagen, pero esta no era ya la de un desmañado pajarraco gris, sino la de un cisne.



¡Era un cisne! ¡Nada importaba haber nacido en un corral, si uno procedía de un huevo de cisne!

Hasta se alegró de haber pasado por tantas penurias y tribulaciones, que lo capacitaban mejor para apreciar ahora su actual felicidad, su nueva situación entre toda aquella belleza que acudía a recibirlo. Los grandes cisnes estaban nadando alrededor de él, rozándolo al pasar con el pico.

Unos niños llegaron al jardín con pedazos de pan y granos que arrojaron al agua, y el más pequeño exclamó:

—¡Hay uno nuevo!

—¡Sí, ha llegado otro! —aprobaron los demás, aplaudiendo y saltando.

Luego corrieron hacia su padre y su madre, arrojaron más pan al agua, y uno de ellos añadió, coreado por todos: —¡Ese nuevo es el más bonito de todos! ¡Es tan joven! ¡Tan elegante!

El patito se sintió cohibido y escondió la cabeza bajo las alas. No sabía qué pensar. Era muy feliz, pero sin orgullo, pues su buen corazón nunca se dejaba llevar por ese sentimiento. Recordó cuántas veces había sido corrido y despreciado, sin soñar que un día iba a oír decir que era el más hermoso de los pájaros. Las lilas inclinaron sus ramas hacia el agua en su presencia; y el sol se puso más cálido y acogedor que nunca. Y él agitó las alas, alzó su esbelto cuello y dijo lleno de júbilo:

—Nunca imaginé semejante felicidad cuando yo era el Patito Feo.